

Política cosmopolita, cultura europea

M. T. LÓPEZ DE LA VIEJA DE LA TORRE*

Resumen: Europa ha sido siempre un sistema paradójico, según P. Valery. J. Delors sostiene que Europa podría ser definida como «el continente de la duda». Por un lado, los europeos tienen un máximo de unión intelectual. Por otro, tienen la máxima desunión de la voluntad. El artículo pretende analizar dos enfoques sobre las cuestiones que se refieren a Europa: el Cosmopolitismo y las culturas europeas. Los partidarios del Cosmopolitismo apelan a principios universales, como justicia y tolerancia, abogan por un sistema supranacional. Los Derechos Humanos serían la base para organizar la esfera pública. A la vez, los europeos valoran sus tradiciones y formas de vida. a) El *enfoque cultural* pretende conservar la riqueza de las tradiciones de Europa. Se centra en las identidades, en las comunidades. P. Sloterdijk, P. Ricoeur y W. Welsch llaman precisamente la atención sobre la Universidad de los valores europeos. b) El *enfoque cosmopolita* subraya el papel de las instituciones, sólo acepta la comunidad de la ley. Puesto que la Unión Europea está llamada a garantizar los derechos de los ciudadanos. Por ello, D. Sternberger, J. Habermas y E. W. Böckenförde defienden un modelo normativo de ciudadanía europea.

Palabras clave: Filosofía Moral y Política, Cosmopolitismo, Europa.

Abstract: According to P. Valery, Europe had always been a paradoxical system. J. Delors claim that it could be defined as «the continent of doubtfulness». On the one hand, Europeans are intellectually united. On the other hand, they are practically disconnected. This article would analyze two different points of view to approaching the European issues: Cosmopolitanism, and European cultures. Cosmopolitans argue in favor of universal principles, like justice and toleration, in favor of supranational systems as well. They consider Human Rights as the basis of a public sphere. At the same time, Europeans definitively consider their traditions and ways of life. a) The *cultural approach* would preserve the rich European traditions. It focuses on identities, and communities. P. Sloterdijk, P. Ricoeur and W. Welsch point out to the universality of European values. b) The *cosmopolitan approach* emphasizes the role of institutions, it accepts only the community of law. Since the European Union could warrant citizen's rights. For this reason, D. Sternberger, J. Habermas, and E. W. Böckenförde argue in favor of a normative model of cosmopolitan citizenship.

Key words: Moral and Political Philosophy, Cosmopolitanism, Europe.

En una intervención en Munich, el 12 de enero de 1933, Th. Mann criticó de forma abierta al Nacionalismo, por considerarlo la «última llama de un fuego acabado»¹. Europa, en cambio, significaba que los pueblos que no vivirían aislados unos de otros, dependiendo unos de otros. Frente al poder del pasado y de la contrarrevolución —llamas de un fuego que se apaga, según este autor—,

Fecha de recepción: 22 octubre 2002. Fecha de aceptación: 29 enero 2003.

* Profesora de Filosofía Moral de la Universidad de Salamanca, Facultad de Filosofía, autora de *Principios morales y casos prácticos* (Tecnos, Madrid, 2000), <tlv@gugu.usal.es>

1 Mann, Th.: «Bekanntnis zum Sozialismus», *Essays. Ein Appell an die Vernunft. 1926-1933*, Fischer, Frankfurt, 1994, Bd. 3, pp. 353-358.

Europa representaba la unidad, la libertad y la paz. Un año antes, Th. Mann² se había manifestado radicalmente en contra del Nacionalismo, como una forma de esclavitud. Había que evitar su ascenso con todos los recursos disponibles, para impedir catástrofes, hechos sangrientos. ¿Cómo conseguirlo? Ganando espacio para la democracia, ganando tiempo. Había que ganar tiempo para Europa. ¡Atención, Europa!³, advertía Th. Mann. A pesar de la erosión de la cultura europea, a pesar de la decadencia intelectual, a pesar de la debilidad del Humanismo europeo, los principios de la cultura europea podrían eliminar el fanatismo. Th. Mann confiaba en que esta cultura daría paso a un mundo caracterizado por su unidad, por la libertad y la paz. Pensaba en Europa como alternativa al Nacionalismo, a un Estado en crisis, al fanatismo, a las guerras.

Para H. Arendt⁴, Europa significaba un nuevo comienzo, a fin de poner freno al Estado nacional y al fanatismo. Por su parte, K. Jaspers⁵ recordaba que se venía hablando de Unidad europea desde antes de la Primera Guerra Mundial. Nada peor que una guerra como aquella para seguir confiando aún en la civilización moderna. Por todo aquello, creía que Europa se había empequeñecido. A pesar de todo, las ideas imprescindibles como la libertad, la ciencia e incluso la Historia forman parte de su bagaje, el bagaje de la cultura occidental. Entre los años 30 y los años 50, toda una generación rescató la idea de Europa como última oportunidad para conseguir la «paz perpetua»⁶. El final de las luchas y de la inseguridad, quizás el final de las injusticias y de las tiranías. El proyecto de un orden democrático, en libertad, nació, por tanto, de todo lo contrario, de la experiencia del desastre y del terror. La Historia enseña⁷ a veces lo que no se debe hacer. Nunca más. Tal vez por eso, por haber sido el resultado de un durísimo aprendizaje, Europa ha sido y sigue siendo un sistema paradójico, como lo calificó en su momento P. Valéry⁸. Por un lado, tenemos un máximo de unión intelectual. Por otro, la máxima desunión de la voluntad.

El artículo se ocupa de un aspecto del tema, la distancia entre el modelo cosmopolita —que apela a principios de carácter universal— y la heterogeneidad de tradiciones y de culturas europeas. Varias causas producen este desajuste entre el proyecto de una ciudadanía sin fronteras y, en el otro extremo, los modestos resultados alcanzados hasta el momento: entre Europa como garantía de una futura «paz perpetua» y, luego, las deficiencias que muestran las instituciones europeas. Incluso en su papel de garantes de la paz dentro del continente. Existen aún carencias importantes en la definición de la «ciudadanía europea», así como en la integración entre Estados de la Comunidad Europea, entre éstos y otros países. Tampoco está claro si las iniciativas han de partir de las instituciones, «desde arriba», o de los ciudadanos, «desde abajo». Sigue habiendo dudas sobre la estructura supranacional, cómo organizarla, cómo serán las relaciones con otras culturas y con formas de vida muy distintas. Por todo ello, Europa aparece como un sistema paradójico. Aquí se considera tan sólo un aspecto del tema, los desajustes entre dos modelos distintos para la construcción europea. Ambos

2 «Sieg deutscher Besonnenheit!», *Essays. Ein Appell an die Vernunft. 1926-1933*, pp. 343-344.

3 «Achtung, Europa!», *Essays*, Fischer, Frankfurt, 1995, Bd. 4, pp. 147-160.

4 Arendt, H.: *Essays in Understanding*, Harcourt-Brace, New York, 1994, pp. 106-120.

5 Jaspers, K.: «Europa der Gegenwart», *Erneuerung der Universität. Reden und Schriften 1945/46*, Schneider, Heidelberg, 1986, pp. 243-274.

6 P. Koller analiza la función que puede tener la idea de paz perpetua en una sociedad mundial, entendida en términos de cooperación y de justicia global; «Frieden und Gerechtigkeit in einer geteilten Welt», en: Merkel, R., Wittmann, R.: *Zum ewigen Frieden*, Suhrkamp, Frankfurt, 1996, pp. 213-238.

7 J. Habermas ha comentado esta idea de extraer consecuencias de los hechos y de las etapas históricas que no se han de repetir, «Learning by Disaster? A Diagnostic Look Back on the Short 20th Century», *Constellations*, 5, 1998, pp. 307-320.

8 «Europe est un système paradoxal-qui a réalisé le maximum d'union (c'est-à-dire qui ait été observé) —intellectuelle— et le maximum de désunion au point de vue des volontés», Valéry, P.: *Cahiers*, Gallimard, Paris, 1973, I, p. 1468.

modelos tratan de definir el futuro europeo, pero se enfrentan de manera distinta a las tradiciones, a la Historia. Los países europeos comparten un pasado oscuro e intolerante —guerras y persecuciones— y, también, un pasado brillante y moderno. Sin embargo, los antecedentes no parecen lo suficientemente firmes ¿existió realmente la gran cultura centroeuropea⁹? No es extraño que J. Delors¹⁰ se haya referido no hace mucho a Europa como «el continente de la duda».

Este continente de identidades distintas, a medio camino entre el pasado y el futuro, con expectativas abiertas desde 1948, con el Congreso de La Haya, tras el Tratado de Maastricht, sigue pareciendo paradójico a los mismos europeos. Entre otros motivos, porque Europa es un *proyecto cultural* y, también, un *proyecto político*. (a) El *modelo cultural* pone el acento en tradiciones e identidades al hablar de integración. Por un lado, una cultura europea compartida ha de dejar espacio para lo plural y lo heterogéneo, conectando un pasado que es clásico, medieval y moderno. Por otro corre el riesgo de no salir de ese pasado, volviendo a planteamientos elitistas. K. Jaspers criticaba la idea de «Europa como museo». Variaciones sobre el tema se deben a P. Sloterdijk, P. Ricoeur y W. Welsch. (b) El *modelo político*, en cambio, hace hincapié en la construcción de nuevas instituciones. Instituciones capaces de garantizar derechos y libertades básicas, con independencia de la procedencia y de la forma peculiar de vida en naciones y ciudadanos. La Unión europea como objetivo requiere un enfoque universalista, capacidad para ir más allá del propio horizonte, lealtad a la norma básica, actitudes de solidaridad y de tolerancia, etc. La excesiva abstracción planea sobre este modelo cosmopolita, sin embargo. D. Sternberger y J. Habermas han desarrollado el concepto de lealtad hacia la Constitución. E. W. Böckenförde se pregunta incluso cómo será la Unión europea en el futuro ¿Como Suiza o como EEUU? ¿Es posible una democracia más allá de las fronteras nacionales? Nadie desea que la cultura europea sea tan sólo un recuerdo del pasado. Un pasado también lleno de crueldad y de intolerancia. Por todo ello, la Unión europea representa la mejor ocasión para alcanzar algo parecido a la «paz perpetua» y a una democracia transnacional. Los ideales de libertad, democracia y paz son un punto de partida. Sin embargo, no son suficientes para definir en todos sus términos qué quiere decir, o qué querrá decir en el futuro una *Europa de los ciudadanos*. Para todos los ciudadanos, sin exclusiones.

1. Modelo cultural

R. Gary¹¹ arremetía contra lo europeo como coartada. En su opinión, Europa no existe, nunca ha existido como entidad viva, de tipo espiritual o ético. Pues las obras maestras se quedaron en la imaginación, en el terreno de lo sublime. En lugar de arrojar su luz sobre aspectos indeseables como el egoísmo, la fealdad y el horror. Es decir, lo mejor de la cultura europea ha sido tan sólo una forma de distinción, encerrada entre los muros de los museos, de las bibliotecas, en las salas de conciertos, ghettos dorados fuera de la realidad, según R. Gary. El *modelo cultural* ofrece el lado favorable de esta distancia —una distancia estética— entre los hechos insatisfactorios del pasado y del presente y, por otro lado, un horizonte de futuro. Horizonte a imaginar, a crear con palabras y con imágenes pues, efectivamente, no existe aún —no hay una nación europea, ni un pueblo europeo—, ni sabe-

9 El escritor G. von Rezzori, un ciudadano plenamente cosmopolita, nacido en la antigua Bukowina, tras haber vivido en Austria, Alemania, Inglaterra, México y Francia, entre otros países, llegó a la conclusión que en Europa sólo había existido el Imperio austro-húngaro y su cultura. Lo demás había sido colorido. «folklore», *Mir auf der Spur*, Bertelsmann, München, 1997, p. 27.

10 Delors, J.: «Europa, el continente de la duda», *El País*, 21, septiembre, 2000, p. 16.

11 Gary, R.: «Note pour l'édition américaine d' «Europa», *Europa*, Gallimard, Paris, 1999, pp. 9-13.

mos cuándo será real. En cierto modo, con este enfoque cultural vuelve la figura que tanto criticó Th. Mann¹²: el burgués espiritual. La «nobleza» del espíritu, indiferente u hostil ante lo político, el poeta —como Goethe— que buscaba otro tipo de libertad, el hombre de cultura que estaba lejos de las masas, etc.

(1) La calderilla intelectual y la «bestia de la inteligencia», descalificadas con dureza por Th. Mann¹³, son consideradas desde otro ángulo por P. Sloterdijk. En su opinión, existen todavía riesgos en los símbolos y en los discursos de masas. Pero en la actualidad ya no hay lugar para el líder autoritario¹⁴, como mucho para las estrellas de los medios de comunicación. A pesar de que este autor tiene muy en cuenta el pasado traumático de Europa, valora de forma positiva la función que puede desempeñar una «inteligencia visionaria»¹⁵. Es así, visionaria, a fin de imaginar el futuro de la Unión europea, más allá de los Estados nacionales. El intelectual confía en las palabras para mostrar el horizonte de la Unión, entendida como Unión de uniones¹⁶. Entre otros motivos, porque ya han caído las imágenes que estuvieron vigentes en el pasado, y que hablaban sobre todo de ambiciones y de privilegios. Pero ya no los hay. ¿Puede decirse todavía que Europa es el «reino del centro», el «peso del mundo»?

(1.1.) Ni reino del centro ni peso del mundo, desde 1945. Entre las potencias mundiales, Europa ocupa ciertamente una zona intermedia, pero carece de los antiguos privilegios. La lección fue, sin duda, traumática, de modo que la pluralidad de culturas se encuentra ahora en medio de un vacío ideológico, dice P. Sloterdijk. Hay antecedentes de la situación actual, P. Valéry advirtió las tensiones del maximalismo europeo. Por tanto, la reconstrucción europea habrá de proceder desde las diferencias y las contradicciones que caracterizan al continente, sin aspirar a la unidad de otros tiempos.

(1.2.) Europa será un «multi-imperio»¹⁷, según P. Sloterdijk. Como el Sacro Imperio, ahora en términos de pluralidad. Estrasburgo es, de nuevo, una capital europea. Aunque es capital de la Unión, no de un imperio. Sin perspectivas claras de unidad, perdido también el brillo del Nacionalismo —las crisis en Yugoslavia han sido una prueba definitiva—, la Comunidad Europea se va dibujando poco a poco como una unión de Estados, o como una Federación multinacional. Un imperio singular, «post-imperialista»¹⁸.

(1.3.) Corresponde a la «inteligencia visionaria» el hacer las indicaciones precisas sobre el futuro de la Comunidad Europea como un espacio plural, pero no débil ni subordinado. Esto es, la Unión europea no debería ser una copia de los Estados Unidos; la «Unión de uniones» habrá de reanimar el eje Berlín-Bruselas-Paris. En este contexto, el Arte¹⁹ —concluye P. Sloterdijk— sirve para crear los símbolos y las palabras que dibujan ese horizonte posible.

(2.) P. Ricoeur²⁰ apela también a la imaginación para mirar hacia el futuro de Europa. De la misma manera, otorga un papel muy activo a la comunidad intelectual. Porque le parecen impres-

12 Mann, Th.: «Goethe als Representant des bürgerlichen Zeitalters», *Adel des Geistes*, Fischer, Frankfurt, 1959, pp. 91-126; «Mass und Wert», *Essays*, Bd. 4, pp. 198-213.

13 Th. Mann utiliza los términos «Groschenintellektualismus» e «Intelligenzbestie», *Essays*, Bd. 4, p. 156.

14 Sloterdijk, P.: *Die Verachtung der Massen*, Suhrkamp, Frankfurt, 2000, pp. 9-29.

15 «Einen Kontinent weiterdenken: Zum Problem der Visionen-Politik», *Falls Europa erwacht*, Suhrkamp, Frankfurt, 1994, pp. 50-60.

16 *Falls Europa erwacht*, p. 54.

17 «Translatio Imperii: Machtübertragung als eropäische Mythomotorik», *Falls Europa erwacht*, pp. 32-41.

18 Vom Reich zur Union die aktuelle Übertragung des Reiches», *Falls Europa erwacht*, pp. 42-49.

19 K. H. Bohrer ha criticado el paso dado por P. Sloterdijk, desde la Ética a la Estética, «Mythologie, nicht Philosophie. Das Phänomen Sloterdijk», *Merkur*, 607, 1999, pp. 1116-1121.

20 Ricoeur, P.: «Reflections on a New Ethos for Europe», *Philosophy & Social Criticism*, 21, 1995, pp. 3-13.

cindibles las actitudes positivas ante tradiciones ajenas, o el entendimiento entre los pueblos europeos. Desde este punto de vista, las instituciones y la organización política no lo son todo, una mayor integración dependerá sobre todo del cambio de actitud y de las actividades de otro tipo, espirituales, éticas. Un «ethos» que pueda combinar la identidad y la alteridad. De acuerdo con esto, P. Ricoeur elige el término «hospitalidad» para presentar tres modelos, diferentes estilos para combinar con éxito elementos heterogéneos.

(2.1.) El *modelo de traducción* empieza por constatar la pluralidad de lenguas. Europa es políglota. ¿Cómo se llegará a una buena comunicación entre lenguas tan distintas? La «hospitalidad lingüística» es una manera de referirse a la actitud que facilitará la transferencia de significado. Sin pérdida de la diferencia ni de la pluralidad. De la misma manera que hacen los traductores, que suelen tener acceso a dos lenguas; esto mismo se ha de aplicar a las culturas.

(2.2.) El *modelo de intercambio de recuerdos* lleva las diferencias al campo de las costumbres, las reglas y las creencias que están vigentes. Puesto que la identidad depende en parte de que se haya preservado esa dimensión histórica, puesto que se concede gran importancia a la narración de recuerdos, será necesario, entonces, cierto nivel de compromiso para entender la Historia de los otros pueblos o culturas. La «hospitalidad narrativa» quiere decir participar en la Historia de los demás europeos. El resultado será una lectura plural de la Historia; como es obvio, esto requiere un esfuerzo importante.

(2.3.) El *modelo del perdón* da un paso más hacia una Europa sin venganzas y sin terror. Los hechos históricos muestran la crueldad y el sufrimiento. Puesto que existen víctimas —los «heridos» de la Historia—, puesto que los crímenes existieron, Europa necesita luego actitudes de compasión, piedad, perdón. Los crímenes no prescriben, nadie olvida. Pero los pueblos han de intercambiar sus recuerdos a fin de extraer lo más válido del pasado.

(3.) W. Welsch hace una defensa de la cultura plural, para garantizar la diversidad interna. En un contexto global, como el actual, la variedad de estilos de vida ha de ser compatible con la mezcla y el ajuste mutuo. Por esta razón, W. Welsch prefiere hablar de «transculturalidad»²¹, en lugar de acudir al término usual para denominar formas complejas, «multiculturalismo». Este segundo concepto es adecuado para referirse a la variedad de estilos de vida. No soluciona, sin embargo, otra cuestión, la separación entre las culturas. En cierto modo, éstas aparecen como islas o esferas separadas unas de otras. Y como si fueran homogéneas. Por tanto, la apelación a la multiplicidad no aclara que dentro de una cultura pueden darse también la heterogeneidad y la pluralidad.

(3.1.) «Transcultural» es sinónimo de complejidad, de diferenciación, etc. Hacia fuera y hacia dentro, sin fronteras, por así decirlo. Este concepto alternativo, que utiliza W. Welsch, es adecuado para culturas conectadas y mezcladas entre sí. Sin que se pierdan las particularidades ni las identidades nacionales, en una coexistencia sin lucha. Con ello quedaría a salvo tanto lo particular que se considera valioso como, de otro lado, la conexión entre culturas, más allá de las propias fronteras, flexibilizando asimismo las propias tradiciones y formas de vida.

El análisis del estado actual de la cultura europea devuelve, una y otra vez, al pluralismo como un hecho irreversible. La diferenciación interna se presenta tanto como un factor dinámico como, también, como factor generador de enormes dificultades para la integración en Europa. ¿Es posible algo así como una «transcultural»? P. Valery abrió la discusión, al definir a Europa como sistema paradójico. P. Ricoeur vuelve sobre el tema de la «inconmensurabilidad», confiando en los resultados de la

21 Welsch, W.: «Transculturality: the Puzzling Form of Cultures Today», en: Featherstone, M., Lash, C.: *Spaces of Culture*, Sage, London, 1999, pp. 194-213.

interpretación entre culturas europeas. D. Sternberger²² parte del hecho de que Europa ha sido y es un mosaico de enorme complejidad, una auténtica «aporía». Por eso precisamente intenta cambiar los términos de la cuestión, indicando vías para favorecer otro estilo de patriotismo. La mirada hacia el pasado no siempre es la solución, ya que refuerza, más si cabe, el panorama de fragmentación y de intolerancia, denunciado por la generación anterior, desde Th. Mann hasta K. Jaspers. El argumento de la cultura es, pues, ambivalente. Por un lado, reconoce el valor de la diversidad. No da lugar, sin embargo, a una definición más precisa de las instituciones transnacionales o «multi-imperio» —como lo denomina P. Sloterdijk—, al haber confiado básicamente en las actitudes y en los símbolos nuevos para hacer real la «Unión de uniones». El modelo político insiste precisamente en esto último, en la construcción de un marco institucional. En cambio, no se hace cargo de las tradiciones. Pues éstas han demostrado ser poco ejemplares, lucha de todos contra todos y no «paz perpetua».

2. Modelo político

En un trabajo de 1980, D. Sternberger²³ volvía sobre un hecho histórico: Europa siempre ha sido un mosaico de elementos. De elementos discordantes, además. Al pensar y hablar sobre este continente, enseguida surgen términos como «civilización», «espíritu», «cultura», etc. Sin embargo, nunca constituyó una única tradición o una cultura, sino muchas. Así por ejemplo, la tradición clásica y la Biblia fueron incompatibles para muchos europeos. La *polis* griega y la Edad Media, la libertad y las creencias, la autoridad y la Ilustración, idealismo y materialismo, totalitarismo y Derechos humanos, todo eso creó una forma espiritual singular, hecha de tensión y de fragmentos. Es más, la Historia europea tiene su lado oscuro, forjado con crímenes y barbarie. Lo inhumano ha formado parte de la Humanidad. Hemos de discutir abiertamente sobre ello, insistía D. Sternberger. A lo largo de la Historia existieron provincias perdidas para la libertad, tierras de dictadura²⁴. Al mismo tiempo, se construyeron repúblicas, se abrió paso el respeto por las leyes fundamentales.

(a) El sentimiento nacional fue la causa de numerosas dificultades —sobre todo en Alemania—; a cambio, una Ley fundamental puede ser el punto de partida para afianzar hoy otro tipo de sentimientos y de lealtades, completamente diferentes. «Patriotismo de la Constitución»²⁵ denominaba D. Sternberger a ese tipo de organización, en la cual el Estado garantiza los derechos. Los Derechos Humanos. No para un pueblo, sino para los ciudadanos que pueden elegir y ser elegidos. Ni tierra ni *Führer*²⁶, como en otra época, sino un orden democrático. Al conectar la Constitución con los sentimientos, D. Sternberger apuntaba a varios objetivos: (1º) sustituir el mito de la patria, entendida como territorio y como unidad nacional. Sustituir los mitos por un concepto político: ciudadanos que se dan a sí mismos la ley. Por este motivo, el Estado seguirá siendo imprescindible, en tanto sea garante de las libertades. (2º) El Estado moderno es, además, un Estado democrático —no despótico—, con representantes elegidos por los ciudadanos, con la correspondiente legitimidad, gracias a la actividad de los partidos políticos, etc. (3º) Es más, Europa²⁷ aporta una tradición de pensamiento,

22 Sternberger, D.: «Componenten der geistigen Gestalt Europas», *Schriften*, Insel, Frankfurt, 1990, X, pp. 39-57.

23 El texto antes citado, «Componenten der geistigen Gestalt Europas».

24 «Das Vaterland», *Schriften*, X, pp. 11-12.

25 «Verfassungspatriotismus», *Schriften*, X, pp. 13-16.

26 D. Sternberger desarrolló las ideas de la nueva política en varios artículos. «Verfassungspatriotismus», otra versión sobre el patriotismo constitucional, del año 1982, sobre la política democrática moderna. «Die neue Politie» y «Der Staat des Aristoteles und der moderne Verfassungsstaat», *Schriften*, X, pp. 17-31, 156-231 y 133-155.

27 «Anmerkungen beim Colloquium über «Patrotismus» in Heidelberg am 6. November 1987», *Schriften*, X, pp. 32-38.

en la cual se pusieron las bases del respeto hacia los derechos y hacia las libertades: como en la tradición cívica de Cicerón, la de L. Bruni, del Aretino...

(b) Los temas del Patriotismo constitucional y del Cosmopolitismo —ventajoso no sólo para los ciudadanos de Europa— han merecido especial atención por parte de J. Habermas. Este autor los ha analizado a lo largo de varios trabajos, publicados desde finales de los años ochenta. En éstos ha expresado su opinión, siempre crítica, hacia el Estado-nación, y a favor de una ciudadanía democrática y sin fronteras. No ha dejado de reconocer los inconvenientes o deficiencias que presentan las instituciones supranacionales —y son bastantes—, pese a lo cual le siguen pareciendo la mejor solución. En primer lugar, porque el marco nacional resulta limitado en las actuales circunstancias: J. Habermas recuerda que estamos instalados, querámoslo o no, en una «comunidad de riesgos compartidos»²⁸. Las dificultades son ahora de carácter global, global o mundial es también la Economía. Entonces, ¿por qué no sostenemos los Derechos Humanos a escala global²⁹? ¿Por qué no disponemos aún de un marco internacional o post-nacional para la acción política? La Unión Europea representa en este momento el mejor ejemplo de lo que esto podría significar: fronteras que se van difuminando, otro tipo de instituciones, más allá de lo que representa la Comunidad económica³⁰. Es cierto que el actual proyecto europeo dista mucho de las expectativas que suscitó al comienzo. También lo es que la generación de quienes pusieron los cimientos, fundadores, ha dado paso a otra diferente. Y que tenemos un importante déficit democrático³¹ en la Unión Europea como proyecto político: los avances en la integración económica no han ido en paralelo a la integración política. Y, sin embargo, la Carta de Derechos demuestra que una nueva conciencia se está abriendo paso en los países europeos.

(1) El hecho es que, después de la Segunda Guerra, ha surgido una nueva generación de Estados. Las ventajas del Estado moderno —como, por ejemplo, la creación de un aparato administrativo, la soberanía o el control sobre la violencia— están aún ligadas a las connotaciones de la nacionalidad que es uno de los dos componentes del Estado-nación. Pero esto último presupone una ascendencia común, así como cultura e Historia compartidas. La existencia de una forma particular de vida o de un contexto similar facilita la actividad de los ciudadanos. Sin embargo, esto mismo hace que los ciudadanos pueden retroceder hacia mitos románticos sobre la patria y el pueblo, como sucedió en Alemania con el *Volkgeist*, la *Volksnation*. En cambio, los principios universales limitan la versión pre-política —etnocéntrica, incluso— de la nación, sustituyendo la idea de comunidad histórica por otra versión, mucho más abstracta: la comunidad legal.

(2) El Estado constitucional ofrece alternativas para el nacionalismo: el patriotismo y la lealtad a la Constitución³². Puesto que los principios y el *status* legal de los ciudadanos —con igualdad de derechos— no dependerán de que éstos pertenezcan a una comunidad determinada, ni de los límites que marcan las fronteras. El modelo de democracia cosmopolita³³ favorecería, además, las rela-

28 Habermas, J.: «The European Nation State. Its Achievements and Its Limitations. On the Past and Future of Sovereignty and Citizenship», *Ratio Juris*, 9, 1996, pp. 125-137. El argumento de las experiencias históricas negativas y el futuro de la política post-nacional en la Unión europea se encuentran también en otro artículo, citado al comienzo, «Learning by Disaster? A Diagnostic Look Back on the Short 20th Century», *Constellations*, 5, 1998, pp. 307-320.

29 «Von der Machtpolitik zur Weltbürgergesellschaft», *Zeit der Übergänge*, Suhrkamp, Frankfurt, 2001, pp. 27-39.

30 «Die postnationale Konstellation und die Zukunft der Demokratie», *Die postnationale Konstellation*, Suhrkamp, Frankfurt, 1998, pp. 91-167.

31 «Braucht Europa eine Verfassung?», *Zeit der Übergänge*, pp. 104-129.

32 The European Nation State. Its Achievements and Its Limitations. On the Past and Future of Sovereignty and Citizenship», *Ratio Juris*, 9, 1996, p. 133.

33 *Die postnationale Konstellation*, pp. 163-165.

ciones a escala internacional, nacional y global. A pesar de que adolece de instituciones a su medida, instituciones de tipo supranacional. Como sucede con los tribunales internacionales, por ejemplo.

(3) La Unión Europea carece aún del respaldo de una identidad y de una opinión pública europeas. Algunos compromisos para erradicar la violencia, o para defender los Derechos Humanos y el sistema democrático, son la prueba de que se avanza hacia una conciencia europeísta y cosmopolita. Pero ésta debería concretarse en una voluntad política. Nos damos cuenta de que son interdependientes las redes y los espacios sociales. Los problemas ecológicos³⁴ son de carácter supranacional. Pero la regulación política es aún débil en Europa. Tenemos una red horizontal, el mercado. Carecemos de una cultura política común, de un Estado. No obstante, J. Habermas³⁵ recuerda que la democracia es, por sí misma, una forma de integración política. La identidad será artificial. Pero también lo fueron las identidades nacionales, forjadas en determinadas condiciones históricas.

(c) E. W. Böckenförde coincide con la tesis defendida por otros autores: Europa ha de encaminarse cuanto antes hacia la unión política. La Unión Europea está más allá del mercado y de la administración que, por ahora, muestra una fuerte impronta tecnocrática. Advierte este autor, no obstante, bastantes signos de retroceso en el proceso de integración. Hay que buscar la causa de tal situación en las decisiones que se tomaron en las instituciones europeas a propósito de la antigua Yugoslavia. Hoy queda todavía mucho por hacer para conseguir la plena integración. Así por ejemplo, ¿Hasta qué punto han avanzado los programas educativos de intercambio, existe un auténtico curriculum para los estudiantes europeos? El debate político no ha avanzado todo lo que debía, en su opinión. Europa representa, además, un proyecto por el que se ha venido trabajando al menos desde 1945³⁶. Siempre con la pretensión de construir un orden mejor. El objetivo ha estado claro desde un principio, llegar a la integración supranacional, más allá de la soberanía nacional. Por lo tanto, hablar de la europeización es una forma de referirse a lo transnacional³⁷.

1. E. W. Böckenförde se pregunta cómo se conseguirá la integración europea si los ciudadanos continúan dependiendo de un Estado-nación. Esta discusión es importante, pues afecta incluso a la ampliación de la Comunidad, a la posibilidad de establecer un sistema federal³⁸. Es obvio que no existe algo así parecido a una nación europea. Con todo, el modelo para la futura integración está ya definido. Por lo menos están definidos los términos básicos: legitimidad democrática, Constitución, orden pacífico, etc.

2. Existen dos posibilidades para construir las instituciones europeas, de la misma forma que existieron siempre dos tipos de nacionalismo³⁹: *étnico-cultural* y *político-voluntarista*. En Europa central ha predominado casi siempre el primer tipo, al haber llevado hasta el ámbito político un «nosotros», conciencia o una comunidad de pertenencia. Aunque esto no haya sido formulado en términos étnicos, sin embargo sí estaba asociado a una relativa homogeneidad. Lo cual ha dado origen a Estados que propiciaron una fuerte identificación emocional —la identidad—, a la vez que una escasa apertura. Por el contrario, en Francia y en Estados Unidos el Estado fue construido siguiendo

34 «Learning by Disaster? A Diagnostic Look Back on the Short 20th Century», *Constellations*, 5, 1998, p. 317.

35 «Euroskepsis, Markteuropa oder Europa der (Welt-) Bürger», *Zeit der Übergänge*, pp. 85-103.

36 Böckenförde, E. W.: «Vorwort» y «Welchen Weg geht Europa?», *Staat, Nation, Europa*, Suhrkamp, Frankfurt, 1999, pp. 7-9, 68-102.

37 «Die Zukunft politischer Autonomie», *Staat, Nation, Europa*, pp. 103-126.

38 *Welchen Weg geht Europa?*, C. F. von Siemens Stiftung, München, 1997, pp. 41-49.

39 «Die Nation-Identität in Differenz», *Staat, Nation, Europa*, pp. 34-58.

un criterio opuesto: la defensa de los derechos, apertura. Incluso pagando el precio de una débil identificación emocional por parte de los ciudadanos: la identidad es contingente

3. ¿Cómo será la Unión Europea? ¿Se parecerá a Estados Unidos? E. W. Böckenförde sugiere otra posibilidad: Europa se parecerá a Suiza⁴⁰. Será un estado federal, como lo es Suiza. Este país ha logrado un orden político común y, a la vez, la continuidad de las naciones o identidades culturales. En los demás países han pesado cuestiones de otro orden, como la lengua, la tradición, el origen, etc. Tal resultado ha condicionado —e incluso ha desestabilizado— a las instituciones. El caso de Suiza ha sido distinto. Este país puede ser considerado como modelo de Estado abierto. De hecho, los cantones comparten una constitución, y principios que aseguran el reconocimiento de las lenguas nacionales. Su uso es un derecho, los individuos tienen la libertad para elegir entre una u otra lengua. Es decir, cada cultura —cada nación cultural— tiene su propio espacio, situado en un orden político que es común.

3. Europa de los ciudadanos

La mayoría de los autores reconocen las dificultades que retrasan la construcción de la Unión europea, como comunidad supranacional. Ni siquiera existe un único criterio para decidir si la integración ha de tener preferencia sobre la ampliación hacia nuevos países. No obstante, existe consenso sobre las limitaciones políticas de la integración económica. Sólo económica. El *modelo cultural* y el *modelo político* corresponden a dos formas de ver el tema. Por un lado, la comunicación y el respeto entre las culturas nacionales cuenta a su favor con buenos argumentos. En todo caso, una integración planeada y realizada al margen de las identidades, construida tan sólo desde arriba, gracias a los técnicos y a los funcionarios será una integración deficiente. Carecerá de interés para los ciudadanos y, por ello, apenas participarán en el proyecto. La «Europa de los ciudadanos» será un tipo de entidad cultural y moral⁴¹. La idea de cosmopolitismo ha formado parte de la civilización europea, ha sido un concepto europeo⁴². La pregunta es si puede ser algo más que una tradición, una forma de vida, legado valioso. Si puede ser, además, una forma de organizar la esfera pública.

En el modelo político, las instituciones supranacionales no dependerán de la integración de tradiciones ni de las formas de vida. A decir verdad, no ha existido ni existirá algo así como un «pueblo europeo», tal como recordaba D. Sternberger. Los nacionalismos y cualquier forma de organización que apele al pueblo están vinculados a la Historia⁴³. Una Historia llena de interrogantes, cuestionable. Falta otro tipo de valores. Para organizar la actividad política hacen falta los valores cívicos⁴⁴. «Res publica», en el sentido de transparencia y de legitimidad⁴⁵. La organización política ha de asegurar derechos iguales para todos los europeos, distintos e iguales gracias a la comunidad de la ley. Es otra manera de entender la «Europa de los ciudadanos», con fuertes con-

40 «Die Schweiz-Vorbild für Europa?», *Staat, Nation, Europa*, pp. 25-33.

41 Chabod, F. *Historia de la idea de Europa*. Universidad Complutense, Madrid, 1992, pp. 149-158.

42 Pagden, A.: «Stoicism, Cosmopolitanism, and the Legacy of European Imperialism», *Constellations*, 2000, pp. 3-22.

43 Puede encontrarse una crítica de la nación en Dubiel, H., Frankenberg, G., Rödel, U.: «Wir sind das Volk», *Frankfurter Rundschau*, 2. OI., 1990.

44 Sobre los valores cívicos. Bellah, R.: «Citizenship», en: Turner, B., Hamilton, P.: *Citizenship*. Routledge, London, 1994, pp. 241-260.

45 H. Schneider se refiere así al orden supranacional de Europa, «Was wird aus der Europäische Union?», *Merkur*, 603, 1999, pp. 600-610.

notaciones normativas⁴⁶. Este modelo tiene en cuenta el lado oscuro⁴⁷ de la cultura y de la Historia europeas. Por tal motivo, desvincula la integración de los motivos y sentimientos patrióticos. Las Guerras mundiales y la guerra en Yugoslavia ha demostrado hasta qué punto eran precarios los ideales modernos, las promesas de una justicia sin fronteras. Promesas que no se han cumplido. Tan sólo el principio de tolerancia puede aún dibujar un panorama de la «paz perpetua», otra promesa que no corresponde con la realidad. Pero puede corregirla. El lado más oscuro de la Historia y del presente de Europa han de servir para reforzar el marco normativo, los derechos fundamentales.

(a) Los derechos básicos son un marco, sólo un marco. R. Aron⁴⁸ se preguntaba por la viabilidad de una ciudadanía multinacional. Pues, de momento, sólo existen tradiciones separadas y soberanías separadas. Cada Estado debe garantizar los derechos en el espacio que le corresponde, dentro de sus fronteras. Un Estado europeo, supranacional o multinacional ¿podría ofrecer las mismas garantías? R. Aron distingue entre heterogeneidad cultural y heterogeneidad en la comunidad política. Porque entiende que los derechos fundamentales no tienen por qué depender de la pluralidad o de heterogeneidad de cualquier otro tipo. Ahora bien, tampoco está claro cómo debería ser la transferencia de tales derechos a una organización multinacional. No sabemos si una entidad aún remota, como el Estado europeo, podría emprender con éxito la transformación hacia lo multinacional.

(b) Incluso autores que, como R. Dahrendorf, aprecian las ventajas de una «ciudadanía compleja»⁴⁹ —un principio general que sea compatible con sectores específicos—, llaman la atención sobre la gobernabilidad y sus problemas. Mejor dicho, la ingobernabilidad, los límites para la igualdad de oportunidades, la escasa participación de los ciudadanos, etc. La ciudadanía compleja ¿es un fin en sí misma o, por el contrario, un medio para ampliar las oportunidades de los individuos? Las críticas se han fijado en estos aspectos, insatisfactorios para los agentes. El desarrollo desigual de la ciudadanía dentro del Estado-nación forma parte de la vida cotidiana, afecta a un número considerable de agentes sociales. Las Teorías feministas⁵⁰ critican el Liberalismo, o su versión simplificada, puesto que la democracia y la ciudadanía están aún lejos de la complejidad y de la desigualdad realmente existentes. Considerando las limitaciones que pesan sobre la actividad política, no se puede afirmar que los ciudadanos sean iguales, que el Estado garantice sus derechos de la misma forma, etc. En la mayor parte de los casos, la pertenencia⁵¹ significa también exclusión.

46 A. McGrew analiza el papel de las Teorías normativas en la ampliación de las democracias liberales, más allá de los límites nacionales. «Demokratie ohne Grenzen? Globalisierung und die demokratische Theorie und Politik», en: Beck, U.: *Perspektiven der Weltgesellschaft*, Suhrkamp, Frankfurt, 1998, pp. 374-422.

47 K. O. Hondrich comenta la influencia de las guerras en la construcción de Estados, culturas, pueblos, ¿La guerra de Kosovo reflejó lo que ha sido y es realmente Europa?. «Der Krieg und Europas Grenzen», *Merkur*, 603, 1999, pp. 585-599.

48 Aron, R.: «Is Multinational Citizenship Possible?», en: Turner, B., Hamilton, P.: *Citizenship*, pp. 279-291.

49 Dahrendorf, R.: «Citizenship and Beyond: The Social Dynamics of an Idea», en: Turner, B., Hamilton, P.: *Citizenship*, pp. 292-309. J. Rubio Carracedo se ha ocupado de la «ciudadanía diferenciada» y de la complejidad. «Ciudadanía compleja y democracia», en: Rubio Carracedo, J., Rosales, J. M., Toscano, M.: *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, Trotta, Madrid, 2000, pp. 21-45.

50 Dietz, M.: «Context is All: Feminism and Theories of Citizenship», en: Turner, B., Hamilton, P.: *Citizenship*, pp. 443-460.

51 J. M. Rosales analiza las posibilidades de una ciudadanía democrática, abierta, universalista e inclusiva. «Ciudadanía en la Unión Europea: un proyecto de cosmopolitismo cívico», Rubio Carracedo, J., Rosales, J. M., Toscano, M.: *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, pp. 21-45, 47-68.

(c) El riesgo de la asimetría y de la desigualdad afecta también a las relaciones de los europeos con los ciudadanos procedentes de otros países. El lado oscuro de la cultura europea sale a relucir precisamente con quienes llegan hasta las fronteras de la Comunidad para mejorar su bienestar, o para huir de situaciones trágicas. Los países europeos tienen varios temas pendientes, éste tal vez es uno de los más urgentes. Sobre todo en lugares, como España, que han sido países de emigración. ¿Cómo se justifica el hecho de que en Europa numerosos ciudadanos tengan limitados sus derechos? ¿Cómo se entiende que la ciudadanía sea de acceso restringido? ¿Qué quiere decir, en realidad, «cosmopolitismo»? Las respuestas no son las mismas en los países de la Comunidad⁵². Sin embargo, las actitudes xenófobas y racistas demuestran la debilidad de las fronteras nacionales, en el peor de los sentidos, en forma de antagonismo, de hostilidad.

En los años cuarenta, K. Jaspers⁵³ advertía de un grave riesgo para Europa, que ésta quedase reducida a un museo. Toda su riqueza intelectual, los ideales característicos, como la libertad, el conocimiento científico, la Historia, las ideas occidentales... Fue un imperio, pero pertenecerá tan sólo al pasado si las ideas no se amplían. La cultura europea se ha hecho con elementos dispares, en medio de tensiones, incluso con una conciencia trágica. Después de la Segunda Guerra, el continente se ha empequeñecido. Europa sigue siendo tan paradójica o más que en los años que conoció P. Valéry. En la actualidad, todavía no sabemos si la Unión europea se va a parecer a Suiza —como propone E. W. Böckenförde— o a, por el contrario, se parecerá Estados Unidos. En 1938, Th. Mann⁵⁴ decía que había mucho que aprender de América, de su sistema democrático. Tal vez haya que definir primero el marco, el marco adecuado para las democracias europeas. Pero luego habrá que realizar la idea que animó a los europeístas de varias generaciones, una época de «paz perpetua», dentro y fuera de las fronteras.

¿Cómo se puede construir un Estado postnacional⁵⁵ o supranacional? ¿Es factible una ciudadanía multinacional? ¿Tendrá éxito la plena integración de culturas y de tradiciones tan diferentes? Hay que decir que los próximos años van a ser decisivos para abordar tales cuestiones. Por eso mismo, éste es el momento para analizarlas con una voluntad política más decidida que la que existía en años precedentes. A pesar de todas las incertidumbres, la cultura y la política europeas están ahora en situación de construir un espacio más unitario y abierto del que imaginó Th. Mann, en los años treinta. El estaba persuadido de que Europa debería desprenderse por completo del Nacionalismo, «ultima llama de un fuego acabado»⁵⁶. Si la cultura y la política europeas no ponen los medios para ello, en lo sucesivo merecerán estar en los museos. Sólo en los museos.

52 Brubaker, W. R.: «Immigration, Citizenship, and the Nation-State in France and Germany: A Comparative Historical Analysis», en: Turner, B., Hamilton, P.: *Citizenship*, pp. 379-407.

53 Jaspers, K.: «Europa der Gegenwart», *Erneuerung der Universität. Reden und Schriften 1945/46*, pp. 266-269.

54 Mann, Th.: «Vom zukünftigen Sieg der Demokratie», *Essays*, pp. 214-244.

55 M. Toscano revisa las formas diferentes de ser miembro de una comunidad política. «¿Democracia de los ciudadanos o democracia de las nacionalidades?», Rubio Carracedo, J., Rosales, J. M., Toscano, M.: *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, pp. 87-115.

56 Mann, Th.: «Bekanntnis zum Sozialismus», *Essays. Ein Appell an die Vernunft. 1926-1933*, Bd. 3, p. 358.